

Humildemente, Tus pies.

Sucedió hace algunos años, me sucedió a mí y no puedo dejar de relatarlo.

Asistí por primera vez al Septenario en honor de Nuestro Padre Jesús Nazareno y, el predicador en cierto momento, hizo referencia al trabajo de los esforzados costaleros que te llevan año tras año, levanté la cabeza para mirarte y me atrapaste con Tus ojos, me pareció como si hubieras querido decirme algo.

A partir de aquel momento sentí la necesidad de llevarte, de ser uno de tus costaleros, Tus pies, pero debía esperar para poder subastar el Domingo de Ramos, es un precio alto el que hay que pagar por Tí, es el precio que marcamos los hermanos por una de las pocas varas que se subastan. Quince, diecisiete, dieciocho, veinte mil... por fin conseguí mi vara y, sentí una gran calma en mi interior que me duró muy poco tiempo, puesto que me invadió una gran responsabilidad al ver que sólo faltaban unos días, iban a ser los peores, pensando en si podría o no podría con tanto peso.

Llegó el momento, había una fila interminable de nazarenos a lo largo de toda la calle Jesús, frente a la Iglesia se apiñaban cientos de personas para verte salir un año más. Eran las siete de la mañana, saliste al pretil con el primer rayo de Sol, se hizo un silencio que me arrancó un escalofrío y, sin darme tiempo a reaccionar sonaron las primeras notas del Niño Perdido, levanté la cabeza para mirarte y, de nuevo me clavaste Tu mirada, confieso que lloré y protegido por el capillo miré a mi alrededor, no fui yo sólo, pues todos te miraban y las lágrimas afluían en sus ojos.

El capataz nos indicó que fuéramos a las varas.

¡Atentos, arriba! Estaba abrazado a mi vara y, me fui sintiendo parte de Tí, a medida que te íbamos subiendo más arriba.

¡Adelante! Comenzó a crujir la madera, íbamos bien, pero lloran cuando pasas, no solo tus hermanos, Daimiel te llora.

¡Despacio! Queríamos llevarte demasiado aprisa, para que no sufras tanto, camino del Calvario.

¡Alto, abajo! Te quedas quieto y, dejaste que recuperáramos el aliento, danos fuerzas Jesús.

Merecerá la pena que sigas saliendo cada Viernes Santo, mientras haya un daimieleño esperando verte, fiel como tu rayo de Sol, como tus costaleros, Tus pies, que nunca te faltarán.

Un hermano de Jesús.



Virgen de los Dolores